

LA FUNCION SOCIO-EDUCATIVA DE LA FILOSOFIA

Héctor G. Mejía

-I-

Quienquiera que esté familiarizado con la literatura educacional de las dos últimas décadas, se dará cuenta de que se ha realizado un cambio notable: del énfasis entusiasta con que se decantaban las nuevas modalidades en educación, se ha pasado a la discusión de los problemas más profundos que están bajo el procedimiento educativo de todos los niveles educacionales. Estos problemas fundamentales tienen que ver con los fines más que con los medios; y, en tal caso, caen bajo el dominio de la filosofía de la educación. La labor de determinar fines y de valorar medios, es el problema más difícil con que topa todo educador. Por esta razón se torna necesario el continuo pensamiento reflexivo sobre la experiencia de la humanidad toda, a través de los siglos; pero además, se ha de suplementar este pensamiento reflexivo con la luz especial que la investigación científica ha añadido en pro del adelanto de los medios.

El papel de la Filosofía de la Educación, en el plan de estudios de una escuela superior ha de ser rector e integrador de todas las demás disciplinas. Su éxito se pondera por el grado de integridad, de unidad que pueda llegar a imprimir a su visión didáctica el estudiante que concluye su carrera profesional. Entonces ha de tener criterio para enjuiciar la eficiencia de su labor específica, en tanto en cuanto ella cumple una función común estimulante de la formación de la persona. A este concepto claro y hasta vivencial debe conducir, en primer

término, una filosofía de la educación bien concebida. El fruto más seguro ha de ser la configuración de una mentalidad crítica y autocrítica, que pueda garantizar esa originalidad disciplinante que salva de la rutina y del gregarismo mentales y conductuales. Sólo adoptará tal actitud, quien se haya formado una conciencia suficientemente clara de la naturaleza del hombre, en su condición intransferible de persona y en su dimensión social. No habrá modo de acertar en la tarea social sin ideas precisas y convicciones sólidas que indudablemente emergen del campo antropológico. La antropología nos permite ubicar, en tiempo y espacio, el estado actual de la cuestión educativa; se amplía con ello la perspectiva y el profesional puede vigorizar, no sólo su idea general del fenómeno social, sino, además las aristas de su propia decisión. La Filosofía de la Educación es una fase de la Filosofía en general. Puede discutirse seriamente si es o no la fase singular más importante de la filosofía general.

Pues la educación, cuando es auténtica no sólo favorece la adquisición de conocimiento y habilidades, sino que forma también actitudes y disposiciones que dirigen los usos a los que se aplican la información y destreza adquiridas. Aunque no sea el medio más poderoso existente, en la formación de las disposiciones de los individuos en su relación activa con las necesidades y valores sociales, es la educación el único medio que trata, deliberada e

intencionalmente de la solución práctica de las relaciones básicas del individuo y la sociedad. Por otra parte, ha de intentar la perpetuación de los valores positivos de la cultura heredada, introduciéndolos en las disposiciones de los individuos que han de transmitir la cultura en el futuro, y también la creación de actitudes, de comprensión y de deseos que producirán una cultura futura mejor. De aquí que todo el problema filosófico del origen, naturaleza y función del conocimiento sea una cuestión viva en la educación, y no precisamente un problema para los ejercicios de una gimnasia dialéctica intelectual.

La Filosofía de la Educación, revisada con tiempo y agudeza, incluida sin usados eufemismos en el plan de estudios de una casa de enseñanza superior será suficiente para reincorporar, al texto orgánico de su misión formadora, los cabos sueltos de especialidades que suelen devenir divergentes. De una filosofía de la educación vergonzante o mediatizada pueden emanar fatales exclusivismos disciplinarios, en trastorno del proceso de unidad implicando en el desarrollo de la persona; y puede también engendrar mediocridad intelectual en los profesionales. No habrá salida programática ni metodológica que pueda llenar con propiedad el vacío que haya dejado la ausencia de una filosofía de la educación en la escolaridad de los futuros profesionales.

En esta disciplina se busca la significación del proceso educativo, tal como se realiza en la mente del alumno, y el fin hacia el cual dicho proceso debe estar dirigido. Hacia la misma fuente ha de volverse, cuando se trate de los principios fundamentales que han de guiar en la elección y arreglo de los cursos de estudio, para las diferentes etapas del proceso educativo y para dar con los valores educativos de las diversas disciplinas por emplearse. La Filosofía de la Educación trata de elevar al plano conciente y volver racional y deliberado, lo más inmediata y efectivamente posible, la relación entre la verdad filosófica y la vida y conducta del alumno, y capacita al hombre a comportarse debidamente en las múltiples relaciones que mantiene con sus semejantes, ora impartiendo conocimientos, o desarrollando con ellos hábitos, o haciéndoles adquirir poder creciente y penetración en los fines y significativos de la vida.

El futuro del hombre y el futuro de la Educación, dependerá de la capacidad que el hombre tenga para realizar las dos siguientes síntesis: El avance del mundo científico con nuestra tradición espiritual; y las demandas del Estado con la conciencia individual del hombre. Estas dos síntesis reflejan la gran preocupación de la raza humana. Hasta ahora, la organización de nuestra estructura social no ha sido capaz de acomodar en forma válida y satisfactoria la totalidad de la persona, para que el hombre del siglo XX pueda desarrollarse en forma total. Nuestros gobiernos, nuestros planificadores sociales y nuestras Instituciones educativas, han organizado sus actividades tomando en cuenta un aspecto, un grupo de aspectos de nuestro comportamiento social, con menoscabo del resto. Porque el hombre no es solo el *Homo-económico* que puede ser explicado y satisfecho exclusivamente en función de sus necesidades materiales; tampoco es sólo el *Homo-Político*, quien depende exclusivamente de la estructura externa de su organización social; ni es solo el *Homo-contemplativo*, cuyo gozo consiste en sentir la cercanía de Dios y reflexionar sobre sus primeros principios; tampoco es el *Homo-sapiens*; quien escucha y obedece sólo la voz de la razón; ni es sólo el *Homo-racticus*, que disfruta de los negocios y la aventura. El hombre es todo eso y más. El desea tener su pan y su seguridad, desea ser un hombre decente y vivir en un país decente, él también desea pensar y discutir, necesita fe y significativo a su vida, también desea respirar de cuando en cuando el aire de la acción.

De acuerdo con el temperamento, cada uno de nosotros tiende a inclinarse hacia uno de esos segmentos del hombre; y organiza su vida en forma consecuente. Sin embargo, en cada persona normal vive el deseo de cierta totalidad; y toda sociedad civilizada debe de proporcionarle a sus miembros oportunidades para satisfacer ese deseo.

Nuestros tiempos actuales no han querido entender el carácter sinfónico de la vida humana, esto lo notamos más ahora que en los siglos anteriores. Porque no hemos sabido utilizar la gran herencia cultural y la gran riqueza de material y conocimiento técnico con que contamos. Y el problema reside en que todavía no nos entendemos en nues-

tras aspiraciones individuales y sociales. No hay duda de que hemos ratificado y agregado muchos detalles en los campos de la teoría y la práctica educativas, pero a pesar de nuestros logros cuantitativos, todavía no poseemos el conocimiento comprensivo de la condición humana que nos permita distinguir los medios de los fines. Sin esta distinción, las acciones revolucionarias en el manejo de los instrumentos de control social más bien tienden a poner en peligro, las más notables aspiraciones del ser humano.

Por supuesto que los maestros y los filósofos, solos, no podrán ser capaces de crear una nueva ética social o personal. Para producir esta nueva ética la humanidad necesita hombres de Estado con una visión suficientemente comprensiva e inspiradora.

El hombre contemporáneo vive en una coyuntura histórica en la que el futuro de las naciones será determinado para varias generaciones. Por esta razón debemos de buscar los caminos que conduzcan a una fructífera relación entre la educación, la ciencia y la política. Para lograr este propósito ne-

cesitamos una nueva concepción de la educación, puesto que es la etapa que cubre el período cuando la mayoría de nuestra juventud se prepara, para asumir su responsabilidad social. Sólo si combinamos una nueva disposición con el arte de aplicarla a la realidad, podemos tener fe en la construcción de una sociedad mejor. Las generaciones venideras valorarán únicamente aquella civilización que les permita combinar sus entendimientos y sus pensamientos, con sus formas de vida y acción.

Descubrimos así la necesidad creciente de una interpretación total del hombre; en sus relaciones con la ciencia y la fe, en sus relaciones con el Estado y su gobierno; y finalmente, en su relación consigo mismo y la sociedad. Si no tenemos éxito en la creación de esta nueva concepción del hombre; y su aplicación a la realidad de nuestro tiempo; nuestra época histórica no será distinta de los últimos días de la antigüedad, con toda su melancolía, y caos. Pero, por el otro lado, si tenemos éxito en esa empresa, podemos confiar en que la crisis de la civilización occidental contemporánea es solo el paso hacia una nueva y mejor era de la Humanidad.